

BRUJAS BAILANDO EL TANGO

Brujas bailando el tango

Macarena Domaica

© Macarena Domaica
BRUJAS BAILANDO EL TANGO

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada de: Eme Demer, Mercedes Escribano.

ISBN: B087S9NWDR

A todas las brujas, sepan o no sepan bailar.

Que 20 años no es nada...

Esta historia fue escrita hace más de 20 años; en el otoño-invierno del año 1997. En esta novela, se paga y se cobra en pesetas, se escucha música en cintas de casete, se fuma en los bares y se cogen los aviones desde Bilbao en el aeropuerto de Sondika. Se citan carreteras que han sido modificadas y, desde luego, ninguno de los personajes tiene un teléfono inteligente en el bolsillo trasero del pantalón.

Dice el tango que veinte años no son nada y, ciertamente, para muchas cosas no lo son. El amor, la amistad y los enredos siguen y seguirán en el centro de nuestras vidas por muchos años que pasen.

Capítulo 1

De camino al aeropuerto de Sondika acabó de estropearse el día. Era un domingo de principios de noviembre, alrededor de las ocho de la tarde. Hacía ya un par de horas que había caído la noche. Las nubes que llegaban del oeste habían ido ocultando el sol y privado de claridad a aquella parte de la tierra. La luz de los faros del coche era la única referencia en la carretera. Llovía con fuerza. Nico tenía la mirada seca y Fernando no la sentía llorar; accionaba el limpiaparabrisas como si aquel diluvio que caía sobre el cristal no fuera con él.

Estaba muy excitado y hablaba sin parar. Aquel trayecto al aeropuerto era el primer paso hacia el logro de uno de sus más ansiados sueños. Llevaba unos días insoportable; de un lado para otro, que si haciendo este papel que si rellenando decenas de impresos. Y ese rutilante quehacer había invadido la vida de Nico, que sentía que lo único que conservaba de lo que habían tenido en común era su lugar a la izquierda de la cama.

Fernando se marchaba temprano y comía fuera. Llegaba tarde a casa y solo entonces reparaba en la presencia de ella, que le esperaba acostada para compartir con él la escasa media hora que transcurría desde que se desataba los cordones de los zapatos hasta que decidía apagar la luz. Y en ese rato no hablaba de otra cosa ni le interesaba escuchar nada que no tuviera relación con su viaje. Por eso Nico había optado por conformarse con el pequeño papel que Fernando había reservado para ella.

Había llegado el día. Se marchaba. Nico miraba por la ventanilla del coche jugando a intuir dónde estaban las nubes que tiempo después tragarían el avión en el que se alejaría Fernando. Cuando avistó la torre de control se le hizo un nudo en el estómago. Reparó en que Fernando ya no hablaba, pero no supo precisar cuánto tiempo llevaría callado. Parecía triste, pero no dijo nada.

Fernando aparcó el coche y sacó un par de bolsas de viaje del maletero. Nico salió también y se apoyó de espaldas contra la puerta delantera, con los brazos cruzados. Él le tendió las llaves después de cerrar el coche.

—¿No me acompañas?

—Prefiero quedarme aquí.

Fernando dejó en el suelo las bolsas y la abrazó con fuerza bajo la lluvia. Ella se aferró a sus hombros y cerró los ojos para no llorar.

—Voy a echarte mucho de menos, Nico.

—Adiós.

Nico sintió frío. Fernando era ya un personaje anónimo que se alejaba rumbo a muy lejos, como tantos otros que también abandonaban la ciudad. Todos iban confluyendo en la misma puerta y todos ellos eran Fernando marchándose. Fernando ya estaba dentro, pero ella no quería creerlo; esperaba con ansiedad verlo aparecer de nuevo para anunciarle que no cogería el avión.

Llovía cada vez más fuerte y Nico se metió dentro del coche. Encendió un cigarro y entreabrió la ventanilla sin importarle que se colara el agua. Un avión sobrevoló el aparcamiento en ese preciso momento. Se quedó mirándolo hasta que ya no pudo verlo ascender más. Quedaban aún un par de horas para que otro avión alzara el vuelo con Fernando dentro y, sin embargo, para ella estaba sucediendo ya. Nunca se había sentido tan sola. Sintió ganas de vomitar, de llorar, de gritar y de marcharse de allí.

Hacía tanto tiempo que no utilizaba ese coche que el asiento le era extraño; también el tacto del volante y de los indicadores. Los espejos tenían una forma diferente a los de su R5. Tenía la sensación de que todo era demasiado grande, demasiado pesado. Arrancó con decisión.

Nico no encendió la radio como solía hacer. Prefirió el silencio para escucharse a sí misma, para pensar por qué no podía perdonarle a Fernando que se hubiera marchado tan lejos. No volvería a verle en mucho tiempo y esta idea se le volvía insoportable.

Estaba entrando ya en la ciudad. Súbitamente harta de estar a solas con el silencio que le aplastaba ya como una losa, se plantó en pleno corazón de Vitoria-Gasteiz. Metió el coche en un aparcamiento subterráneo y buscó un lugar que compartir con más gente para aliviar de algún modo su repentina soledad. Entró en la cafetería Virgen Blanca y contempló a todos aquellos hombres y mujeres imbuidos en sus conversaciones, ajenos a la lluvia que ahogaba la ciudad. Entre el alboroto, quedaba libre una mesita redonda junto al cristal, invitándola a entrar.

Pidió un zumo de piña, una libreta y un bolígrafo. *Te odio por marcharte*. Según acababa de escribirlo lo tachó con agresividad y difuminó el borrón con una lágrima, la primera que conseguía escapar al orgullo. Arrancó la hoja, la plegó y la hizo cachitos. Mientras Nico corregía con un pañuelo de papel la pintura de sus ojos, Fernando sentía que Nico lloraba por su culpa.

Al cabo de un rato, el cenicero estaba repleto de colillas. Nico emborrionaba las hojas de la libreta trazando líneas que no definían nada. Pensaba en Fernando y en cuándo hablaría con él.

Se encontraba mal. Aquella mañana se había levantado con una punzada insoportable en los ovarios. Le dolía la cabeza y tenía náuseas de tanto fumar. Arrancó y estrujó los papeles garabateados y se marchó.

*

La casa la recibió bañada de ausencia. Encendió la televisión y se preparó una manzanilla. Abrió el agua para llenar la bañera y se sentó a esperar sobre el bidé con la taza en las manos. Sentía discurrir la infusión por los recovecos de su cuerpo hasta llegarle a la tripa que, agradecida, se desentumecía con la caricia del calor.

El agua del baño humeaba. La espuma casi sobresalía de los muros de porcelana. Nico vertió un puñado de sales y empezó a desnudarse frente al espejo, muy despacio. Jugó a sentirse como las chicas que anuncian perfumes en la televisión; una de esas mujeres de cuerpo perfecto que se dejan acariciar por su elegante vestido de seda en el descenso a lo largo de todo su hermoso cuerpo, disponiéndose así a recibir una fresca y olorosa fragancia que cambiará su discurrir cotidiano para siempre.

Contempló su figura de formas redondeadas y textura musculosa. Su rostro le pareció bello, a pesar de reflejar sutilmente el dolor de su vientre. Atusó su pelo negro y posó ante el espejo. Alzó la pierna derecha sobre el taburete y se la acarició con las

dos manos recreándose en su suavidad. Se masajeó el pie dibujando círculos con las yemas de los dedos por toda la planta y ejerciendo una leve presión que le daba inmenso placer. Después continuó con el pie izquierdo y avanzó a lo largo de la pierna; de abajo arriba, lentamente, para alcanzar el muslo y la parte interna de este... la más suave del cuerpo, según le decía siempre Fernando.

Nico se estremeció. Se flexionó sobre la otra pierna y siguió acariciándose, sintiendo el roce de sus pechos calientes con los pezones duros sobre su muslo. Suspiró. Se enderezó para escalar con la mano derecha sus braguitas y masajeó con ternura su vientre doloroso. Buscó el frenesí mientras la otra mano se aferraba con firmeza a la cadera, como no queriendo secundar aquella rebelión de deseos. Con un gesto rápido se apoderó de un pecho y luego del otro.

Se llevó las manos a la cabeza y entrelazó sus dedos con su pelo corto, desde las sienes hasta la nuca. Terminó de desnudarse vigorosamente y se metió en la bañera. Se cubrió de espuma los hombros y cerró los ojos. Allá donde se encontrara Fernando, la estaba abrazando.

Desde el altavoz del hilo musical de su habitación llegaba hasta el cuarto de baño aquella canción:

No quiero estar sin ti; si tú no estás aquí, me sobra el aire. Si tú no estás la gente se hace nadie...

Las lágrimas le alcanzaron los labios; rodaban por su cuello e iban perdiendo fuerza antes de llegar al agua. Le dolía lo que siempre duele a la altura del pecho cuando se está angustiado y respirar le hacía daño. Lloró con desolación durante algunos minutos y después se recostó apoyando la cabeza en la baldosa. Jugeteaba con la espuma para cubrirse completamente el cuerpo. Estaba tan cansada que dudó incluso de que el baño la relajara como otras veces.

Cenó un caldo y manzana. Le esperaba el cómodo sofá del cuarto de estar. Se recostó y trató de averiguar el argumento de la película que emitían en la cadena que había quedado puesta con anterioridad, pero antes de conseguirlo se quedó dormida.

Se había sumido en un estado de placidez anhelado desde hacía horas. Las voces que llegaban de la televisión, lejos de molestarla, favorecían su adormecimiento. Estaba en ese estado de semiinconsciencia en el que uno se plantea si se va a la cama o se deja raptar por el sueño allí mismo.

Finalmente, Nico se fue a la cama. Se acurrucó entre las sábanas que, de esperarla, se habían quedado frías. Rodó hacia el centro de la cama buscando el calor de quien no estaba. Recogió el cojín recién tirado sobre la alfombra y se abrazó a él con fuerza.

*

La habitación estaba desordenada. Fernando había hecho y deshecho mil veces las maletas. La primera vez había tratado de meter demasiadas cosas. Después, la imposibilidad de cerrar las cremalleras le había hecho sacar todo aquello que en aquel momento consideró prescindible. Luego pensó que aún le quedaba espacio para llevarse algunos objetos personales; más tarde creyó que llevaba excesivo peso... Perdió tanto tiempo en este trajín que no le quedó tiempo para recomponer el dormitorio. Así que quedaron las repisas desmanteladas, las sillas repletas de ropa, la moqueta invadida de zapatos, los cajones entreabiertos y sobre la cama tan sólo una foto enmarcada, recuerdo de la primera excursión que hicieron juntos.

Habían ido a San Sebastián. Posaban en el balcón de la habitación del hotel. Sus caras tenían la luminosidad del amor recién estrenado. Sonreían a la cámara sostenida

por la camarera que acababa de traerles el desayuno. Tras ellos el Cantábrico, cortejando con el rugido varonil de sus olas a la playa de La Concha.

Aquella misma mañana Nico había estado limpiando. Había retirado las cosas de las estanterías y las había ido colocando sobre la cama. Había vuelto a ponerlo todo en su sitio salvo la foto, que descuidó intencionadamente sobre el edredón. Pensó que así Fernando la incluiría en su equipaje, ya que de otro modo no se acordaría de llevarse un recuerdo de los dos. Sin embargo, la foto fue uno de los objetos que quedaron en tierra.

*

Dormía ya profundamente. El cansancio que provocan siempre las grandes tristezas había puesto fin al día de la marcha de Fernando.

Durante la noche estuvo tosiendo. De madrugada un acceso de tos la arrancó del sueño y la mantuvo en vela durante varias horas. Logró mal dormir a ratos y cuando sonó el despertador a las ocho y media de la mañana, tenía un terrible dolor de espalda y un insistente picor en la garganta. Con mucho frío y el cuerpo empapado en sudor, se levantó de la cama y arrastró los pies hasta el botiquín del cuarto de baño. Alcanzó el termómetro para comprobar lo que la propia debilidad de su cuerpo ya le indicaba: tenía mucha fiebre. Se colocó un pañuelo de seda alrededor del cuello, tomó un vaso de leche con miel y una aspirina y volvió a la cama. Al poco rato, el teléfono sonó con insistencia y, cuando por fin cesó, lo descolgó.

*

Nico era la dueña de una pequeña papelería situada en un barrio sencillo de la ciudad. El local estaba en una calle muy transitada que unía una de las avenidas principales de Vitoria-Gasteiz con el ensanche del casco histórico.

Había llamado a su tienda Papelotes. Ella misma había diseñado el rótulo exterior. Vistiéndola con alegres colores por dentro y por fuera había conseguido que destacara entre los demás locales de la calle, más ajustados al estilo arquitectónico de los edificios propios del desarrollismo de los años sesenta levantados a base de ladrillo cara vista.

Aquella mañana el local permanecería cerrado. Nico se despertó a mediodía con unas nauseas terribles. Apoyándose en las paredes llegó al baño y vomitó. Las arcadas le hacían daño en la boca del estómago y los ojos le lloraban del esfuerzo. Se lavó la cara y al verse frente al espejo tomó conciencia de su lamentable estado.

En el otro lado de la cama aún estaba la foto. La cogió, la miró y la colocó en la mesita de noche. Recordó de pronto que el teléfono había sonado hacía unas horas y que era probable que se tratara de Fernando. Volvió a colgar el auricular y, mientras ponía cada cosa en su sitio, deseó con todas sus fuerzas que volviera a llamarla.

Abrió la ventana. Desde la calle llegaban los saludos de un tiempo frío y húmedo. Cerró tras de sí la puerta del dormitorio y fue a la cocina. Echó un vistazo al frigorífico con la convicción de que no encontraría nada de su interés.

El teléfono sonó.

—¿Dígame?

—¡Hola! —la voz de Fernando sonó muy animosa.

—¡Hola!

Nico tenía tantas ganas de hablar con él que descuidó el tono de indiferencia que se había propuesto mantener—. ¿Has llamado tú esta mañana?

—Sí, pero como no has cogido he pensado que te habrías marchado ya. En la tienda tampoco estabas... Empezaba a darlo por imposible.

—Me he quedado en la cama. No me encuentro bien.

—Qué vocecilla tienes...

—Tú ¿qué tal? ¿A qué hora llegaste?

—A Nueva York sobre las ocho y media de la mañana. Dos horas después cogí el segundo avión y para la una, hora local, estaba en Boston. En España, las siete de la mañana. Hace un frío horroroso, pero aquí en el apartamento se está bien. Tengo la calefacción a tope.

—¿Qué tal el apartamento?

—Bien. Es pequeño, pero está a diez minutos del laboratorio.

—Te noto contento. Me alegro.

—Nico... Te echo de menos. Me gustaría que estuvieras aquí.

—Me lo imagino.

—A mí también me ha costado separarme de ti, pero sé que no te lo crees...

—...

—Nico...

—Fernando me cuesta hablar, me duele mucho la garganta. Te llamaré yo en otro momento, ¿vale?

—Nico... Te quiero muchísimo.

—Y yo.

—Vete al médico y cuídate, ¿vale?

—Sí. Un beso.

—Otro para ti.

Nico se frotó la cara llena de lágrimas camino del sofá. Cogió un caramelo con la esperanza de evitar un nuevo acceso de tos. Lo paladeaba lentamente como si hubiera perdido la fuerza en los maxilares. Le estaba subiendo la fiebre. Saboreaba el caramelo como si de su propia desdicha se tratara, con resignación, segura de que la tos le atacaría igualmente, y falsamente resignada a que Fernando no estaría allí para cuidarla por mucho que ella lo necesitara.

Se quedó adormecida hasta que sonó el despertador a las cuatro menos cuarto de la tarde. Se lavó la cara y se maquilló tratando de borrar de su rostro la debilidad. Y si bien pudo con la palidez y con las ojeras, no se le ocurrió ninguna manera de apagar el brillo triste de sus ojos. Se vistió en tonos alegres para completar el disfraz y salió a la calle.

Hubo bastante gente toda la tarde. Se echó la mano a la frente y comprobó su temperatura. Decidió cerrar un poco antes y aprovechar para hacer algo de compra.

Demasiado cansada para cenar, se dejó caer sobre el edredón de la cama y se acostó viendo una película de Harrison Ford. Pensó en llamar a Fernando, pero finalmente lo desestimó. Nico se durmió pensando en él. Y a muchos kilómetros, Fernando encargaba un ramo de flores por Interflora.

Capítulo 2

Por entre las rendijas de la persiana se colaba el rayo de sol más coqueto de la mañana. Iba a reflejarse en el centro mismo del espejo proyectando su luz sobre la silla donde Nico dejaba la ropa por las noches. La niebla se estaba despidiendo de la ciudad. Hacía tiempo que las gentes iban y venían por las calles con destino a sus lugares de trabajo o de vuelta de ellos. También los niños habían saludado al nuevo día de camino al colegio. Unos y otros caminaban ligeramente encorvados hacia delante, creyendo que así los cuatro grados de temperature en la calle no conseguirían penetrar hasta sus huesos.

Nico había apagado el despertador hacía algunos minutos. Se aferraba a las mantas como si quisiera evitar que alguien la sacara de la cama por la fuerza. Fernando lo hacía habitualmente.

El rayo de sol iba ganando terreno poco a poco; alcanzaba ya el pelo de Nico y a ella le parecía una caricia. Miró la hora y la comprobó en el despertador con la esperanza de que la tuerca de su reloj hubiera vuelto a salirse y adelantado con cualquier movimiento durante la noche. Pero no. Eran casi las nueve menos veinte: hora de levantarse definitivamente.

Había pasado la noche de un tirón. Comprobó que no tenía fiebre. Estaba de mejor humor aquella mañana y había recuperado el apetito.

A media mañana sonó el teléfono.

—Librería Papelotes. Buenos días...

—Nico, soy Amaya.

—¡Amaya! ¡Siglos sin saber de ti!

—Ya. Ya sé que no tengo perdón. Soy una dejada... Pero voy a pasar unos días en Vitoria y quiero verte.

—Fenomenal, ¿cuándo vienes?

—A mediodía estaré allí. Tengo un montón de cosas que contarte. ¿Qué tal Fernando?

—Qué ganas de verte. Fernando, bien. No sé si te llegué a contar que se marchaba porque le habían dado una beca...

—Sí. ¿La aceptó al final?

—Sí. Se marchó el domingo. Estaba muy contento.

—¡Claro! Es una oportunidad muy buena para él.

—Sí.

—¡Oye! He venido con una amiga, mi compañera de piso. Una tía muy maja, ya verás.

—¡Vale! ¡Veníos a comer! Preparamos algo en un pispás para las tres.

—Genial. Estoy esperando a que llegue mi madre para avisarle y vamos para tu casa. Llevamos postre.

—Muy bien.

—Te vamos a buscar a la tienda cuando cierres, ¿vale?

—Aquí os espero. Un beso.

Conocía a Amaya desde hacía años. Había sido la novia de uno de los mejores amigos de Fernando y aunque ellos terminaron por romper, Nico y Amaya mantuvieron el contacto. Congeniaron desde el primer momento.

Amaya llevaba dos años viviendo en Pamplona. Pintaba cuadros y trabajaba dando clases de pintura en la parte trasera de una galería. Se sentía a gusto allí. La ciudad le gustaba y había hecho muchos amigos. Participaba en tertulias de arte, cursos e, incluso, de vez en cuando posaba para algún colega. Tenía un bonito apartamento alquilado en el casco viejo de la ciudad, al que le había dado su toque personal: su alegría, su vitalidad, su arrollador encanto y una sutil frivolidad.

Amaya era una mujer enamoradiza y apasionada, en búsqueda constante del amor. Se entregaba en cuerpo y alma, con ansiedad y desespero, a cada relación. Después llegaban las crisis, intensas y trágicas, y el desamor la consumía por dentro. Se volvía intratable, déspota y desconsiderada, hurgaba sin contemplación en las heridas abiertas de quienes compartían con ella sus secretos y así, sintiéndose acompañada en su desdicha, encontraba una pizca de amarga satisfacción.

Nico estaba muy contenta de volver a ver a Amaya. A pesar de su difícil carácter, la quería mucho. Únicamente había que saberla llevar.

*

Pasó volando el resto de la mañana. Nico acompañó hasta la puerta al último cliente y bajó la persiana a media altura. De lejos vio llegar a las chicas. Amaya llevaba el pelo teñido de negro con un mechón de color caoba cubriendo su raya en medio. Tenía el pelo más largo y desgastado a capas. Vestía una falda vaquera con una camisa de hilo a rayas y un abrigo de ante. Calzaba unas botas bajas de cuero de color beige. De la otra chica, la compañera, a Nico le llamó la atención la espléndida melena rizada que caía por sus hombros rojiza, esponjosa y brillante.

Amaya llegaba sonriendo. Cuando estaba a unos pocos metros de Nico, corrió para echarse sobre ella, riendo y revolviéndole el pelo con las dos manos. Nico reía también mientras se abrazaban. La amiga de Amaya las miraba divertida.

—Pero ¡qué guapa estás! —dijo Amaya a Nico.

—¿Guapa? Ayer con fiebre, tú me dirás... ¡Tú sí que estás guapa!

—¿Me ves bien con mi nuevo estilo? —respondió echándose el pelo para atrás y posando sin dejar de reír.

—¿A esas pintas de Toro Sentado les llamas tú estilo?

Estallaron en una escandalosa carcajada que ponía de manifiesto la excitación del encuentro y el profundo cariño que se tenían. También Alicia reía y Amaya reparó en ella.

—¡Perdona, Dusman! Os presento: Nico, ella es Alicia.

—¡Hola Alicia! ¿Qué tal? Amaya y yo llevamos mucho tiempo sin vernos —dijo Nico mientras le daba un beso en cada mejilla.

—¡Sí! Me lo ha dicho. Me encantan los reencuentros.

—Bueno, vamos a casa, ¿no? —interrumpió Amaya—. Me muero de hambre.

—Vamos, sí. Tengo el coche aquí mismo.

Durante el camino cotorreaban sin parar. Parecían querérselo contar todo en ese mismo momento. Empezaron por ponerse al día de bodas, rupturas sentimentales y comentarios varios sobre amigos comunes; siguieron, rescatando anécdotas

divertidas. Nico tenía la lágrima floja y no podía dejar de llorar de la risa. Se le nublaba la vista y era un auténtico peligro con el volante en las manos, por lo que Alicia se ofreció para conducir. En el coche se respiraba alegría y cariño; aquella vieja amistad se podía tocar con las manos de tan sólida como era. Alicia disfrutaba con ellas, reía con los chascarrillos de gente que no conocía y se encontraba feliz por estar allí dejándose empapar de una dicha que, sin saber por qué, sentía también suya.

—Alicia: la siguiente a la izquierda —le indicó Nico—. Y ahora, la segunda a la derecha... Aparca por aquí, donde puedas.

—¡Dusman! Detrás del rojo.

—¿Cómo le has llamado? —preguntó Nico.

—Dusman.

—¿Es tu apellido?

—¡No! En Pamplona me llama todo el mundo así. ¡Es mi nombre de guerra! Viene de *doucement*, dulcemente en francés.

Dusman tiró del freno de mano y sacó la llave del contacto.

—Estuve varios años viviendo en Francia —continuó—. Cuando conocí a Amaya, me llamaba «la francesa». Un tiempo después posé para Amaya para uno de sus cuadros. Uno que representa a una mujer desnuda bañada por las olas en la orilla de una playa. Estoy de espaldas y destaca mi pelo cayéndome a lo largo de la espalda. Amaya llamó al cuadro *Doucement*. La obra tuvo un lugar destacado en la primera de las exposiciones que preparó Amaya. Asociar el título del cuadro a la modelo fue solo cuestión de tiempo. Los amigos y también los compañeros de la academia me empezaron a llamar *Doucement*. A lo tonto, como empiezan siempre los motes. Luego se fue simplificando la pronunciación y... Voilà! Dusman, c'est moi!

—¿Y a ti te gusta? —preguntó Nico.

—Sí, sí. Ahora cuando me llaman Alicia me suena raro. Puedes llamarme Dusman tú también, si quieres.

*

Nico vivía en un barrio nuevo en la periferia de la ciudad. Algunas calles estaban aún sin asfaltar porque seguían haciéndose obras en varias parcelas. El comercio empezaba a despertar y los jardines y las plazas iban siendo tomadas por los niños de tantas parejas jóvenes como habían elegido aquella zona para arraigar sus hogares.

Improvisaron una comida rápida. El plato fuerte fue la tarta de trufa que llevaron las chicas. Al cabo de una hora, en el cuarto de estar era imposible respirar algo que no fuera humo. Las cajetillas de cigarros y los mecheros estaban repartidos por la mesa; danzaban de un lado para otro, de mano en mano, en un incesante baile coreado por el tintineo de las cucharillas que batían un café tras otro.

La tertulia había comenzado de manera ruidosa, rendida aún al júbilo del reencuentro, pero, poco a poco, fueron quedando aparcadas las vidas ajenas y empezaron a cobrar protagonismo las propias. Nico quería saber de Amaya: si era feliz, si estaba enamorada, si prosperaba en su trabajo, cuáles eran sus planes. Amaya quería que Nico le contara cosas, disfrutar de su compañía. Amaya sabía que Nico lo tenía todo para sentirse afortunada. Dusman las escuchaba a las dos con mucha atención. Empezaba a crearse una imagen de Nico y aventurar cuáles eran los pilares de aquella hermosa amistad.

—No lo aprecias en su medida porque ya lo tienes —decía Amaya—. Eso pasa siempre. Yo, como tú —aunque ahora te hagas la dura porque estás enfadada con tu Fer—, necesito a alguien a mi lado. Necesito esa ilusión, ese cariñito, el calor entre dos... ¡Amor de hombre! Ja, ja, ja...

—¿Pero tienes algún fichaje, un objetivo...? —preguntó Nico.

Dusman se adelantó:

—Pues te dirá que no, pero no le creas, ja, ja, ja... Es como una rapaz nuestra Amaya: ojea, señala con el pico, enfila vuelo... ¡Y lo caza! Lo que pasa es que luego, enseguida se le escapa... No se puede empezar a hablar de eternidad y de amor incombustible a los diez minutos... Que nos hemos criado como princesitas soñadoras y pardillas, pero eso no puede ser. No hay un príncipe azul esperando para adorarnos ni dispuesto a quitarnos las chinas del camino. Más bien es al revés. Los nuevos tiempos piden replanteamientos, chicas. Amaya, que no aprendes. Que de lo que tú pides no hay. Todo humo.

—Tú, Dusman, ¿estás con alguien? —preguntó Nico.

—No, no. Ahora mismo no. Tampoco tengo demasiadas ganas.

—Eso lo dices ahora. Recuerdate hace tres semanas —apuntó Amaya.

—Bueno. Es que esa ha sido una relación que me ha marcado. Han sido ocho días de una historia muy especial.

Las tres rompieron en una sonora carcajada.

—Especialísima. Como las mías —Amaya terminó el comentario con una pedorreta.

—¿También te duran ocho días? —preguntó Nico.

—No. No me aguantan, ja, ja, ja...

—Pero ¡qué desastre! ¡Que ya tenéis edad de buscaros un hombre como Dios manda que provea y que os haga unos hijos a los que dedicar vuestra vida! Ja, ja, ja...

Llamaron a la Puerta y Nico fue a abrir. La vecina de enfrente se apresuró a colocarle un ramo de rosas entre los brazos:

—Te las han traído esta mañana y como no estabas me las han dejado a mí.

—Gracias, Maite.

—¿Es tu cumpleaños?

—¡Qué va! Supongo que son de Fernando. Se marchó el domingo a Boston.

—¡Ah! ¿Ya se ha ido? Y ¿qué tal?

—Bien. Está contento. Me llamó cuando llegó, pero todavía no sé gran cosa. Le encontré animado.

—Pues ya me alegro, chica —le dio un golpecito en el brazo y giró hacia su puerta—. Le das recuerdos cuando hables con él.

—Se los daré. Gracias, Maite.

—¡De nada!

Cuando las chicas vieron a Nico aparecer con el ramo entre los brazos se alborotaron como adolescentes:

—¡¡¡Yo también quiero rosas!!! ¡Y un novio que me las regale! —lloriqueó Amaya.

—¡Eso es un hombre! ¿Ves? —dijo Dusman.

Nico leyó en silencio la tarjeta: «Doce rosas preciosas como tú. Te quiero. Fernando»

—Son de Fernando.

—Pues claro que son de Fernando. Es un solete tu Fernando. Tiene algún defectillo, como ser amigo de Carlitos, pero se le puede perdonar. Carlitos fue un ligue mío —le explicó a Dusman—. De eso nos conocemos Nico y yo. ¡Qué tiempos!... ¡Y qué tío más plasta, oye!

—Con ése te pasó al revés, ¿eh? —dijo Nico—. Ese no te dejaba ni respirar: para él todita...

—Un poco pesadito sí que era —añadió sin dejar de mirar las rosas.

Alzó un poco la vista y topó con el reloj de la pared.

—¡Chicas, que son las cuatro! Y yo a y media abro.

—Sí, venga, vamos a recoger esto un poco.

Nico no tuvo tiempo de ocuparse del ramo. Lo dejó con cuidado sobre la mesa del comedor y salió de casa pensando dónde tenía guardado aquel jarrón tan grande que le regaló su madre.